

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La Moralidad

Victor Hugo tenía una novia a los diez y ocho años. Todos, sin ser Víctor Hugo, hemos tenido novia a los diez y ocho años. Fue un idilio encantador, como son todos los idilios a esa edad. Se conocían desde niños. Un día que paseaban entre los macizos floridos de un jardín, ella se detuvo de pronto, le cogió de un brazo y le preguntó:

—Oye, ¿tú tienes secretos?

—Sí—contestó el gran poeta, que aún no era gran poeta.—Tengo algunos.

—Claro; pero tendrás uno que será mayor que los demás

—Sí; tengo un gran secreto, mayor que todos.

Ella se quedó un momento pensativa.

—Yo también—dijo.

Y agregó vivamente:

Si tú me dices cual es tu secreto, yo te diré el mío.

—Mi secreto—balbució él muy emocionado—es que te quiero mucho.

—Mi gran secreto—contestó ella—es que también te quiero yo.

Y fueron novios. Y cuando ya llevaban muchos meses de novios, Víctor Hugo le escribió esta carta:

«Queridísima Adela: Tengo que decirte una cosa muy seria, No puedo menos de decirte, y sin embargo no sé cómo decirlo. Adela, yo quisiera que te preocupases un poco menos del bajo de tu falda cuando vas por la calle. Ayer me hiciste cuenta de las precauciones que tomas para que no se te manche. Ya sé que te recoges la falda por recomendación de tu madre, recomendación un poco extraña, pues me parece que el pudor debe ser más precioso que un traje, aunque muchas mujeres piensen lo contrario. No sabes, Adela, qué suplicio más grande sufrí ayer cuando en la calle los transeúntes volvían la cabeza para mirarte. Yo no comprendo que la mujer a quien respeto como a Dios, sea ante mis ojos el objeto de miradas impúdicas. Ayer no te dije nada porque no sabía cómo decirte; pero te ruego que en lo sucesivo te

preocupes de lo que te aconsejo si no quieres exponerme a que le dé un bofetón al primer insolente que se ponga a mirarte.»

¡Pero este Víctor Hugo—dirán aterradas las lectoras—era un hombre brutalmente celoso! Sí, era celoso, como lo son todos los hombres que quieren de veras a una mujer. Preguntad confidencialmente a vuestros novios qué opinan de vuestras faldas cortas cada vez que en la calle un transeúnte vuelve la cabeza para miraros, y si son sinceros, si son verdaderamente sinceros y os quieren sinceramente, os dirán que sufren en silencio el mismo suplicio que sufría Víctor Hugo cuando la señorita Adela Foucher se recogía graciosamente el bajo de la falda para no mancharla con las cascarrías del arroyo.

PEDRO MATA.

Misa de aguinaldo

Al clorar primero del Alba, en la Iglesia pobre y silenciosa de la humilde aldea toca la campana y el pueblo despierta. Mujeres y niños mozos y doncellas, en tropel alegre el recinto llenan vienen abrigados en sus capas luengas los toscos «pastores» que en el templo entran dando al aire copas de infantil cadencia, que anuncian al pueblo La dichosa Nueva, ¡La feliz llegada de la Noche buena!

El pastoril grupo sus decires oche, al tón de sambombas y de panderetas y de carrañacas y de castañuelas.

En el cruce señó de la Virgen sueña el Niño: la mula y el buey le calientan.

José el Patriarca feliz la contempla y los rabadanes a Jesús se acercan.

Le adoran y rinden humildes ofrendas; miel de sus panales, flores de la sierra.

Tiernos corderillos que balan y juegan, y en sus nidos, pájaros que al verle gorjean.

Qué hermoso está el Niño que nace en la Cueva, su cuna un pesebre de tosca madera!

Ya débil penumbra invade la Iglesia; el Cura la Misa de Aguinaldo reza; escúchala el pueblo la rodilla en tierra; los chiquillos miran, y no pestañean, aquel «Nacimiento» que el Altar cubriera entre montesino ramaja y macetas de sencillas flores y fragancia llenas, ¡querían gozosos, seguir a la Estrella que marca a los Reyes la bendita senda!

Cantan los Pastores alabanzas tiernas, santos villancicos que a Jesús celebran. ¡Con qué gracia evocan la sublime escena! ¡cómo al Niño rinden de su amor la ofrenda! gente campesina, hermandad excelso, ¡canta pastoril grupo de sin par belleza!

Entre las zambombas y las panderetas y las carrañacas y las castañuelas, con dulce rasgueo la guitarra suena, ¡tiene la alegría de andaluza fiesta!

¡Misas de Aguinaldo! ¡madrecita buena, que para ir a orillas ya no me despiertas! ¡ya no soy un niño, ni vivo en la aldea! ¡misas de Aguinaldo! qué triste os recuerda este inconsolable, desterrado poeta.

FELIPE CORTEZAS Y MURRAY.

Estudios Sociales

Entre todas las virtudes que animan al hombre, ninguna tiene mayor valor ni contraste más puro que la llamada *ciudadanía*. Encierra en sí todas las esencias de rectitud, moralidad y eficacia, porque es reflejo de la actuación del individuo, ensamblado con sus semejantes, formando la colectividad. Tiene como vicios contrapuestos la indolencia, la pusilanimidad y una torcida y aviesa intención que privan al hombre de toda energía, difaminan todos los perfiles que le hacen aparecer como excelsa criatura y convierten la comunidad en algo amorfo, impreciso conglomerado de individuos, que fácilmente podrían confundirse con aquella dedichada *piara de la Bascia*, rémora de toda sociedad.

No basta parecer bueno, sino que es preciso demostrarlo. No es suficiente conservar la apariencia de carácter óptico, sino que es de todo punto necesario practicar actos de civismo. Porque nunca más que cuando se encuentra entre sus semejantes, tiene el hombre el deber de hacer afirmación del temple de su espíritu y los rasgos de su carácter. Es verdad que es muy cómodo demostrar al semejante, hacer ponzonosa crítica de sus actos en un baldío y continuado empleo de la frase «debería hacerse» para no hacer nunca, ni practicar, ni tan siquiera propugnar con entereza lo que timidamente echamos en cara a nuestros hermanos como pecado de omisión. Tal manera de ser sólo merece un calificativo: cobardía, y más aún, *percepción cobardía*, porque aunque en grado mínimo hay algo de consciencia en esa actuación que implica el egoísta deseo de una suicida comodidad. Para tales gentes es apotegma la glosa bastarda y desnaturalizada del «l'Etat, c'est moi», traduciéndola en «mi comodidad, es el bien general»; de ahí el desconsolador espectáculo de aquellos pueblos plébeos al parecer, de vida, ubérrimos de bienes y que, sin embargo, no progresan ni caminan avanzando, porque